

## LA UNIÓN SOVIÉTICA Y AMÉRICA DEL SUR

JOSÉ MIGUEL INSULZA

LA VISITA DEL CANCELIER SOVIÉTICO Eduard Schevarnadze a Argentina, Brasil y Uruguay a fines de septiembre y comienzos de octubre de 1987 constituyó un éxito diplomático por varias razones: se firmaron comunicados políticos que revelan amplia coincidencia en temas sustantivos, como la crisis en Centroamérica, el desarme, la situación de África del Sur; también se alcanzaron importantes acuerdos de cooperación en el plano económico y cultural; se habló incluso de visitas recíprocas de jefes de Estado, aunque ello sólo se haya concretado en el comunicado con Uruguay, el clima en los tres países fue cordial y sin suspicacias, lo cual es significativo, si se considera que hasta hace poco los tres países tenían gobiernos militares de sello marcadamente anticomunista. La presencia de militares en las recepciones ofrecidas por Schevarnadze en los tres países parece un signo de que los tiempos han cambiado, no sólo para América del Sur, sino también para la diplomacia soviética.

Sin embargo, ningún éxito puede ocultar el hecho insólito de que, después de 42 años de relaciones diplomáticas ininterrumpidas con las tres naciones del Atlántico del Sur, la visita del Canciller de la URSS haya sido una novedad de proporciones, porque era la primera vez que un funcionario soviético de tan alto rango llegaba a esos países. Más aún, como se encargó de señalarlo la prensa brasileña, era la primera vez que Brasil y la URSS (lo cual vale también para Uruguay) firmaban un comunicado que contuviera acuerdos sustantivos sobre temas de política internacional. En suma, actividades que en el desarrollo moderno de las relaciones internacionales han pasado a ser casi cotidianas (visitas de funcionarios importantes y acuerdos políticos) prácticamente no existían en las relaciones entre la Unión Soviética y los países de América del Sur.

La naturaleza secundaria, de la que muchas veces se echa mano para calificar el interés soviético y sudamericano en sus relaciones, no es una explicación válida para este vacío. Por una parte, no se requiere gran

proximidad para tener un mínimo diálogo político; por otra, no estamos hablando aquí de intereses mínimos: la URSS ha sido por varios años de esta década el principal importador de productos argentinos y, desde antes, el primer vendedor de armas a Perú. En cuanto a Brasil, si bien las cifras de intercambio no son aún importantes, se caracterizan por su crecimiento sostenido, sus buenas perspectivas y su adecuada diversificación. Por último, la falta de relaciones políticas se halla sobre todo en los últimos 15 años, precisamente cuando el interés por las relaciones económicas se acrecienta y cuando la URSS tiene relaciones diplomáticas normales con casi todos los países de América del Sur, salvo Chile y Paraguay.

Parece claro que la principal intención de la visita de Schevornadze (y del posible viaje de Mikhail Gorbachov a América del Sur en 1988) es equilibrar esta situación para fortalecer la presencia político-diplomática de la URSS en esa parte del continente. Sin embargo, existe la duda de si ello será posible o si aún existen los factores que han limitado hasta ahora el desarrollo integral de las relaciones soviético-latinoamericanas.

Para intentar una respuesta es necesario hacer, en primer término, un breve examen del curso de esas relaciones en los últimos 20 años. Procuero con ello mostrar que el desequilibrio siempre ha existido: en un primer periodo, por el excesivo optimismo con que la URSS vio algunos procesos nacionalistas o revolucionarios en Sudamérica, y, en el más reciente, por el excesivo énfasis en las relaciones comerciales con un pragmatismo extraordinariamente limitado. Con el análisis del fracaso en esas dos etapas, examinaré luego las condiciones actuales que favorecerían la relación más equilibrada en el futuro.

#### SUEÑOS FRUSTRADOS (1968-1973)

Hacia fines de los años cincuenta, América Latina tenía poco interés para la URSS. Las relaciones entre el PCUS y los partidos comunistas de la región eran antiguas, pero éstos eran demasiado pequeños para influir en la política exterior de sus países. Los soviéticos veían a América Latina como zona sujeta a la influencia de Estados Unidos, en la cual cualquier experiencia revolucionaria sería reprimida por la intervención estadounidense.

Dos hechos alteraron la perspectiva soviética hacia América Latina en los últimos años de esa década. En primer lugar el cambio en la propia política exterior a partir del XX Congreso del PCUS (1956). La

reformulación de la política de coexistencia pacífica de Khrushchev planteó la necesidad de frentes más amplios —que incluían algunos sectores de la burguesía además de la clase obrera y otras capas trabajadoras— y aceptó, además, la existencia de contradicciones objetivas entre los países del Tercer Mundo y el imperialismo, al margen del tipo de régimen interno de esos países. No se condenó ya a gobiernos populistas (como antes a los de Perón y Getulio Vargas); América Latina, cercana geográficamente a Estados Unidos, podía proporcionar aliados valiosos, aunque (estamos en 1956) la posibilidad de procesos revolucionarios seguía siendo remota.

El segundo hecho fue la Revolución cubana, que determinó la revisión del concepto de América Latina como “zona segura” de Estados Unidos. Para los soviéticos, el caso cubano demostraba que los cambios en la correlación internacional de fuerzas y la solidez de los procesos internos imponían límites a las posibilidades de intervención norteamericana. No era sólo una victoria revolucionaria, sino que podía constituirse en el prelude de otros procesos similares en la región o, por lo menos, de una mayor presencia soviética en ella.

Más allá de las diferencias que entre ellos existieron, sobre todo en los primeros años, Cuba pasó a ser, entonces, la relación privilegiada de la Unión Soviética en América Latina, relación que se reforzó con la integración formal de la isla al campo socialista. Pero, contrariamente a lo esperado, la presencia soviética en Cuba no la aumentó en otras partes de América Latina. En primer lugar, porque los procesos progresistas o revolucionarios en el continente no fueron inmediatos; al contrario, Estados Unidos consiguió tender, mediante el bloqueo y la combinación de elementos militares y políticos (contrainsurgencia y Alianza para el Progreso), un cordón sanitario en torno a Cuba y hacer fracasar las experiencias guerrilleras que nacieron en torno al ejemplo cubano. En segundo lugar, porque la URSS se abstuvo de apoyar la línea “foquista” y tuvo en torno a ella abiertas discrepancias con Cuba, pues su apoyo a la revolución aislada no podía favorecer sus relaciones diplomáticas o comerciales. Por ello, la presencia soviética en América Latina siguió siendo, hasta 1968, marginal: sólo Chile estableció relaciones con la URSS en este periodo, pocos meses después de romperlas con Cuba en cumplimiento del mandato de la OEA.

El panorama comenzó a cambiar rápidamente en 1968, a causa de nuevas circunstancias de repercusión mundial y continental. El inicio de la distensión y el debilitamiento que significó para Estados Unidos su intervención en Vietnam favorecieron la independencia de la política exterior de América Latina. En este nuevo clima, la ampliación de

las relaciones internacionales era natural, y en ella correspondía considerar también al campo socialista. En un lapso de cuatro años (1968-1971), la URSS inició relaciones con Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Guyana y Costa Rica.

Al mismo tiempo, los cambios internos en algunos países de América del Sur abrieron camino a experiencias nacionalistas o abiertamente revolucionarias. La derrota definitiva de la experiencia guerrillera (dramatizada por el trágico fin de Ernesto Guevara en Bolivia en 1967) parecía dar validez a la tesis soviética que postulaba el desarrollo de la vía democrática y la política de masas como elementos tácticos fundamentales.

No obstante, en el periodo que comienza en 1968 la URSS también debió adaptar a las nuevas realidades algunas de sus opiniones sobre América Latina, sobre todo ante el surgimiento de experiencias nacionalistas encabezadas por militares. Hasta entonces, los análisis soviéticos sobre América Latina habían descartado (a diferencia de los realizados para otras regiones) cualquier papel positivo de las fuerzas armadas latinoamericanas. La URSS vio el comienzo del proceso peruano como un golpe militar más. Sin embargo, en la medida en que el nuevo régimen abrió camino a nacionalizaciones de recursos naturales y transformaciones sociales, la posibilidad de contar con fuerzas armadas "progresistas" comenzó a considerarse. El simple antimilitarismo de años anteriores dio lugar a una posición más flexible que permitió apoyar situaciones como las de Perú y Bolivia (con Juan José Torres) e incluso alentar esperanzas acerca del papel progresista que podían asumir los militares en otros países del hemisferio.

Con todo, de las dos líneas posibles que se percibían en América del Sur en los años setenta, formación de coaliciones populares amplias o regímenes militares nacionalistas y progresistas, la URSS daba preferencia a la primera. Ello explica el interés con que vio desde el primer momento al gobierno de la Unidad Popular en Chile, presentado como un caso raro y valioso para el proceso revolucionario, sin recurrir a la fuerza. Reconociendo las dificultades que tal caso implicaba y la precaria política en que se desarrollaba, la URSS lo interpretó como muestra decisiva del avance alcanzado por las fuerzas antiimperialistas en el continente y como posibilidad, ahora sí, de extensión efectiva de liberación en esta parte del continente.

La ayuda a estos procesos mostró, al mismo tiempo, el interés de la URSS y sus límites. Naturalmente, en un área de influencia estadounidense no era dable esperar sino asistencia económica. En 1970, el gobierno de Juan José Torres recibió un crédito de 28 millones de dóla-

res para la compra de maquinaria, igual que Perú, al cual se concedieron créditos adicionales por 25 millones de otros países socialistas. Entre 1971 y 1972, el volumen de créditos que la URSS y otros países socialistas otorgaron (incluida la renovación de un crédito no utilizado por el gobierno anterior de 55 millones) alcanzó 449 millones de dólares. En cuanto al comercio, ascendió de 1 a 30 millones con Chile y a más de 120 millones con Perú.

Las cifras son grandes si se las compara con las de otras épocas, pero aún insuficientes, sobre todo para Chile, por la magnitud de los problemas externos que ese país enfrentaba. Además, a pesar de las condiciones ventajosas de los créditos, ellos suponían en general la adquisición de bienes soviéticos, lo cual implicaba cambios tecnológicos a alto costo en sectores importantes de la industria; por esta razón no se utilizó parte importante de los créditos y la asistencia soviética no se proyectó en el desequilibrio en la balanza de pagos chilena, ni fue trascendente para la falta de repuestos industriales o desabastecimiento.

La derrota del gobierno de la Unidad Popular, precedida por la caída de Torres en Bolivia y por la implantación de un régimen autoritario en Uruguay, seguida por el golpe en Argentina y el vuelco de los militares en Perú provocaron la reacción en contra del optimismo con que se había observado el curso de los acontecimientos al comienzo de la década. A partir de los sucesos de Chile, la URSS pareció abandonar la idea de que era posible desarrollar cambios estructurales en América del Sur; adoptó una actitud más moderada y en su discurso político acentuó el apoyo a la afirmación de la soberanía sobre los recursos naturales, la apertura a Cuba, la lucha por un nuevo orden económico internacional, etc. Tras ello había, sin embargo, un cambio de política algo más profundo, que tendría su plena expresión hacia el fin de la década.

#### MATRIMONIOS DE CONVENIENCIA

Parece exagerado decir que inmediatamente después de la caída del gobierno de Allende, la Unión Soviética se volcó a fortalecer sus relaciones con las dictaduras militares en Argentina y Brasil. Por una parte, en los años sesenta la URSS mantenía relaciones económicas, excluyendo a Cuba, fundamentalmente con esos dos países; por otra, el estrechamiento de relaciones con Argentina se inició durante los gobiernos de Cámpora y Perón: entre 1972 y 1974 el comercio Argentina-URSS se triplicó, aunque es cierto que a partir de 1975 las relaciones económicas se hicieron más estables; también es verdad que, a cambio de ello,

la URSS hizo concesiones políticas fundamentales, absteniéndose de criticar los regímenes militares de esos países y llegando incluso a clasificar el gobierno de Rafael Videla como "nacionalista moderado". Con este nuevo pragmatismo, las relaciones comerciales florecieron. Las importaciones soviéticas de Brasil, de apenas 40 millones de rublos en 1971, llegaron a más de 300 millones en 1976 y a casi 600 millones hacia fines de la década. El salto fue aún más pronunciado para Argentina, cuyas exportaciones a la URSS, 85 millones de dólares en 1972, pasaron a 288 millones en 1975, a 415 en 1979 y llegaron a la cifra récord de 2 963 millones de dólares en 1981, en pleno embargo cerealero estadounidense.

Dos factores sucesivos desempeñaron ahí un papel fundamental. Entre 1975 y 1979 pesó sobre todo la política estadounidense, tanto por la presión de medidas económicas nacionalistas, cuanto por la cuestión de los derechos humanos en el periodo de Carter. Una breve suspensión de la ayuda militar norteamericana en 1975 llevó a Perú a buscar otros abastecedores más seguros; el alto costo de las armas francesas, elegidas en primer término, abrió las puertas a la Unión Soviética, deseosa de ampliar su mercado de armamento en América Latina. En 1977 se importaron armas soviéticas por 1 000 millones de dólares, suma que constituía 22% de las importaciones totales de Perú. En Argentina y Brasil sus gobiernos militares no pensaron siquiera comprar armas a la URSS, pero sí activaron, sobre todo a partir de las exigencias de Carter, una política de diversificación de su comercio exterior, que favoreció, entre otros, a la URSS. Por lo demás, dado que el comercio tenía siempre signo favorable para los latinoamericanos, éstos buscaron además las divisas que las ventas a la URSS les podían proporcionar, sin sentirse obligados a aumentar sus importaciones de modo equivalente.

El aumento del comercio con Argentina y Brasil no significó otro tanto en las relaciones políticas, porque dadas las profundas discrepancias entre los gobiernos militares y la URSS en este plano, su mejor resultado sólo podía ser la falta de diálogo. La URSS no aspiraba a influir en gobiernos profundamente anticomunistas y represivos con los partidos que le eran más afines. Lo más que podía buscar era que esas políticas internas no perjudicaran la relación bilateral. Argentina y Brasil, por su parte, se mostraron dispuestos a separar su posición en el concierto internacional de las ventajas que obtenían en su relación con la URSS, disminuyendo significativamente el discurso antisoviético que, en otras circunstancias, hubiera sido natural.

El pragmatismo pareció dar frutos al producirse, a partir de 1979, un cambio en la guerra fría y un endurecimiento sustancial en las rela-

ciones entre las grandes potencias. Lejos de secundar al gobierno de Carter en su política de boicot a la Unión Soviética después de Afganistán, los grandes países del Atlántico del Sur sacaron provecho de la situación. Su distanciamiento de Estados Unidos fue explícito: el Ministro de Agricultura argentino declaró que el mercado determinaría la política de ese país en la venta de granos; y Brasil, aunque declaró que "no sacaría provecho del boicot", también aumentó, en proporción menor que Argentina, sus exportaciones agrícolas a la Unión Soviética.

En un sólo año las exportaciones de Argentina a la URSS se cuadruplicaron (415 millones en 1979 y 1 614 millones en 1980) y casi se duplicaron en 1981, año en el que sus exportaciones a la URSS fueron de más del 33% del total (para algunos el 40%), mientras las correspondientes a Estados Unidos apenas rebasan 8% del total. Aunque las cifras disminuyeron en 1982 al nivel de 1980, el mercado soviético de granos absorbió en esos años más del 50% de las exportaciones agrícolas argentinas (más de 80% en 1981). Nada de esto condujo, sin embargo, a estrechar las relaciones políticas, aunque la URSS saludó la actitud de Argentina y Brasil como ejemplo de independencia en el plano internacional; Argentina y Brasil se cuidaron bien de manifestar, en cada ocasión, que se trataba de un asunto de estricto contenido comercial, para evitar deteriorar su relación con Estados Unidos.

Si el deterioro no se produjo fue, en primer lugar, porque Estados Unidos aceptó explícitamente, ya iniciado el gobierno de Reagan, el argumento de la conveniencia económica, y levantó su propio embargo. Pero además parecía claro que las ventas a la URSS, unidas a la política económica abierta de estos países en esos años, favorecerían directamente a Estados Unidos y otros países occidentales.

El comercio entre la URSS y los países de América del Sur fue decididamente desequilibrado en estos años. Su tendencia histórica había sido netamente favorable a los latinoamericanos a comienzos de los años ochenta; mientras las ventas sudamericanas se incrementaban, las importaciones soviéticas de Argentina permanecían estáticas o no crecían igual que en Brasil. El mismo año (1981) en que la URSS adquiriría más de un tercio del total de las exportaciones argentinas, las importaciones procedentes de la URSS eran de apenas 0.3% del total de importaciones argentinas. En Brasil la diferencia era algo menos pronunciada, pero las cifras de importación nunca superaron el 20% de las importaciones. Si se examina la forma en que las importaciones sudamericanas de mercados occidentales crecieron en esos años, sobre todo en Argentina, se descubre una clara relación. El triángulo funcionaba casi a la perfección, porque Argentina compraba a Occidente con los recursos adqui-

ridos de sus ventas a la Unión Soviética.

Naturalmente, el matrimonio de conveniencia se había establecido sobre bases bastante precarias y sólo podía durar mientras las condiciones lo favorecieran. A partir de 1981 la URSS buscó forjar acuerdos que permitieran mayor equilibrio comercial, cosa nada fácil, ya que existían pocas áreas de interés argentino o brasileño en que pudiera aumentarse significativamente el intercambio. Ello fue posible en algunos aspectos de tipo estratégico, como la venta que la Unión Soviética hizo a Argentina de combustible nuclear, pero con ello no se avanzó sino marginalmente hacia un mayor equilibrio. En Brasil, en cambio, hubo más tendencia a la diversificación; por un lado, las ventas de Brasil no abarcaban sólo productos agrícolas, sino también algunos industriales, y, por otro, la URSS aumentó sus ventas de petróleo a Brasil e incluso participó en algunos proyectos internos en esa área. Aunque mucho menos que en Argentina, el balance siguió siendo ampliamente desfavorable a la URSS.

La falta de correspondencia en el intercambio es, sin embargo, uno solo de los factores que explican la disminución en los flujos comerciales entre los países sudamericanos y la URSS. Existen otros dos, probablemente más importantes: el primero es el fin de las condiciones que ocasionaron el aumento en las ventas de productos agrícolas. En un mercado saturado, como el actual, la URSS puede buscar mejores precios y, sobre todo, más reciprocidad en otras partes. El segundo factor es la crisis económica que afecta a los principales socios comerciales soviéticos en América Latina. La brusca disminución de las importaciones y de la inversión interna sudamericana, ocasionada por la necesidad de pagar la deuda externa, aleja más la posibilidad de equilibrar el comercio o de participar en proyectos conjuntos de envergadura.

Estas circunstancias afectaron más a Argentina que a Brasil. Éste tuvo un intercambio con la URSS en 1986 de 400 millones de dólares, algo menor que a comienzos de los años ochenta, pero aceptable dentro de la crisis. Pero las exportaciones de Argentina a la URSS en 1986 no superaron los 300 millones de dólares, menos que en los años previos al auge exportador. Perú —tercer socio latinoamericano— prácticamente ha detenido sus compras de armas a la URSS.

Con la caída de los factores que daban vida a la relación, el “matrimonio por conveniencia” no podía sino entrar en crisis. Así como el fin de la Unidad Popular y los demás hechos del decenio de los setenta distanció a la Unión Soviética de América Latina, la segunda fase, basada en intereses económicos, mostró su fragilidad al desaparecer las coincidencias. El interés se mantiene, pero en términos más realistas. Éstos

muestran que la relación entre América del Sur y la Unión Soviética será siempre inestable mientras no se base en una red más compleja de vínculos diplomáticos, políticos y culturales, que equilibren la desaparición de un factor, la conservación o el crecimiento de otros. Es este concepto el principal ausente en las relaciones entre los países del Sur y la URSS en los años recientes.

#### NUEVAS PERSPECTIVAS

Más que hablar de un impulso a las relaciones, que culmina con la visita de Schevornadze y la firma de comunicados y acuerdos, sería más propio hablar de restablecimiento. A partir de que el intercambio disminuye, coincidiendo con la crisis del Atlántico y el comienzo de la apertura democrática en América del Sur, la URSS parece quedar sin política importante en la región. En años anteriores, había evitado participar en ciertas cuestiones políticas, como, por ejemplo, el tratamiento de los derechos humanos en cualquier país que no fuera Chile; ahora, frente a la democratización tampoco hubiera tenido mucho que decir. Por lo demás, este fenómeno no es, a nuestro juicio, propio de la relación entre la URSS y Sudamérica, sino de toda la política exterior soviética, caracterizada sobre todo por la inercia y la falta de iniciativa en el periodo que va desde la enfermedad de Leonid Brezhnev hasta la consolidación en el poder de Gorbachov. Dado que esos tres años coincidieron con la apertura democrática y los problemas económicos más agudos en América Latina, la ausencia de la URSS de su discusión acentuó aún más la sensación de vacío. Desde luego, las relaciones con las democracias nacientes se mantuvieron y existió intercambio comercial, pero la apariencia de continuidad no parecía suficiente para una región signada en ese momento por la ruptura.

En el restablecimiento de relaciones pueden incidir, en mi opinión, cinco aspectos relativamente nuevos, que provienen tanto de la experiencia bilateral más reciente cuanto de fenómenos internacionales más extendidos en la región:

- 1) El fracaso de las experiencias anteriores, basadas en la primacía estricta de la política o en el mero interés económico. Augusto Varas ha señalado la dicotomía existente en el aparato estatal soviético en política exterior: las cuestiones que se tratan en el partido y las que corresponden a las relaciones interestatales. En el caso latinoamericano, hubo momentos en que una corriente predominó de modo absoluto sobre la otra: lo político sobre lo económico-diplomático y viceversa.

2) Los cambios sufridos por América del Sur en el periodo reciente. No se trata aquí de afirmar que por el sólo hecho de existir democracias la relación política con ellas deba ser necesariamente más fluida. Pero es cierto, por una parte, que un régimen democrático tiende a formar relaciones internacionales plurales; por otra, la necesidad de participación internacional de América del Sur fortalece esa inclinación.

3) La homogeneización política de la región. Paradójicamente, la pérdida de vigencia del sueño revolucionario de los años setenta puede dar lugar a una forma de relación más realista y al beneficio mutuo. En la década de Chile, Perú, Bolivia, etc., el interés por auxiliar su desarrollo obstaculizaba la normalidad de relaciones con otros; en los años ochenta, el pesimismo con que se veía las dictaduras daba lugar a una conducta pragmática. Hoy está bastante claro que los regímenes democráticos actuales son el rostro positivo más posible del continente en los próximos años y que las izquierdas nacionales difícilmente llegarán al poder en las décadas sucesivas. Mejor entenderse entonces con los regímenes democráticos actuales y fortalecerlos.

4) Las dificultades en el trato de América Latina con Estados Unidos. Es difícil recordar un periodo en que las relaciones entre ambas partes del "sistema interamericano" hayan sido más conflictivas que en el presente. La crisis en Centroamérica, los problemas de la deuda, la guerra del Atlántico Sur, el proteccionismo, la ineficacia de la OEA, son sólo algunos de los temas en los cuales Estados Unidos y los principales países de América Latina han tenido en estos años diferencias serias. Detrás de todos ellos está la prueba de que el patrón hegemónico de relaciones que rigió desde la segunda guerra mundial está agotado y es preciso remplazarlo por una forma de diálogo basado en la igualdad y la autonomía de las partes.

Estados Unidos no tiene ya la capacidad para imponer formas de política exterior a sus aliados del Sur y, a la vez, éstos deben buscar mayores espacios de autonomía, fortaleciendo sus relaciones con otras regiones del mundo.

5) Los intereses económicos. El hecho de que el comercio entre los países del cono sur y la URSS haya disminuido de modo significativo (sobre todo con Argentina) en los últimos años, sólo indica un cambio al desaparecer los factores que lo provocaron, pero en ningún caso la desaparición total de los intereses. Al contrario, surgen con frecuencia nuevos campos en que la cooperación económica puede expresarse (por ejemplo, el reciente interés soviético por la adquisición de computadoras brasileñas), en la medida que los sudamericanos hayan comprendido la lección de 1982 y estén dispuestos a buscar mayor reciprocidad.

6) Por último, están las áreas de coincidencia política que son reales, aunque algo distintas para cada paso. El apoyo de la URSS a los organismos latinoamericanos como el SELA y el Grupo de los Ocho, la coincidencia en materia de desarme, el respaldo al Plan Arias, pueden no ser elementos decisivos, pero van ayudando a crear un clima político favorable, en el cual los vínculos podrían estrecharse.

Es probable que las relaciones entre los países de América del Sur y la URSS nunca sean muy estrechas o tengan prioridad. Es demasiada la distancia y son otras las preocupaciones fundamentales de ambas partes. Por lo demás, dada la posición latinoamericana en el hemisferio de la otra superpotencia, una relación demasiado cercana, que no está en la voluntad de nadie, podría ser contraproducente. Pero sí es posible esperar que en los próximos años esta relación secundaria, pero importante para los latinoamericanos, se fortalezca y, sobre todo, sea más equilibrada y normal que en el pasado reciente.